

DEL DISCURSO POSITIVISTA AL RELATO PERSONAL DE LA HISTORIA: LA CONSTRUCCIÓN DE LA VENEZOLANIDAD EN “BOVES EL UROGALLO”

FECHA DE RECEPCIÓN: 09-02-2026

FECHA DE APROBACIÓN: 12-04-2026

Guido Gianpiero Revete Sáez
Universidad Central de Venezuela – Caracas, Venezuela
guidorevete@gmail.com.
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2564-1723>

Resumen

En el presente artículo se analizan los rasgos de la venezolanidad como identidad narrativa en la novela *Boves el urogallo* (1972) del escritor Francisco Herrera Luque (1927-1991). Para lograrlo, se define la venezolanidad como un singular abstracto y se aplica una metodología que integra el Análisis Crítico del Discurso (ACD) con la teoría del guion de vida de Eric Berne (1910-1970), a fin de ofrecer una nueva lectura sobre la obra y el contexto en el que el autor construye su relato sobre el caudillo José Tomás Boves (1782-1814). Siguiendo este enfoque, se explora el perfil de Herrera Luque no solo como novelista, sino como psiquiatra que decodifica la historia, identificando las continuidades narrativas presentes en la novela con respecto al discurso positivista de inicios del siglo XX, especialmente el identificado en la obra de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), sin dejar de reconocer el intercambio dialéctico y vivencial que ejecuta Francisco Herrera Luque entre su propia subjetividad y la configuración del personaje central de la obra.

Palabras clave: Venezolanidad, Identidades narrativas, Francisco Herrera Luque.

Abstract

This article analyzes the traits of Venezuelanness as a narrative identity in the novel *Boves el urogallo* (1972) by the writer Francisco Herrera Luque (1927-1991). To achieve this, Venezuelanness is defined as an abstract singular, applying a methodology that integrates Critical Discourse Analysis (CDA) with Eric Berne's (1910-1970) Life Script theory. This approach offers a new reading of the work and the context in which the author constructs his account of the caudillo José Tomás Boves (1782-1814). Following this framework, Herrera Luque's profile is explored not only as a novelist but as a psychiatrist who decodes history, identifying the narrative continuities between the novel and the early 20th-century positivist discourse—specifically that of Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936). Simultaneously, the study recognizes the dialectical and experiential exchange Francisco Herrera Luque executes between his own subjectivity and the configuration of the central character.

Keywords: Venezuelanness, Narrative identities, Francisco Herrera Luque.



Introducción

El estudio de las identidades nacionales en América Latina, como se puede comprobar en la obra de Sambarino (1980), ha transitado recientemente desde enfoques esencialistas hacia perspectivas que privilegian la construcción discursiva de lo social. En este contexto, nos hemos propuesto definir la venezolanidad como una identidad

narrativa, entendiéndola como un “singular abstracto” que logra ser capaz de adjetivar y sustantivar lo venezolano a través de los caracteres socialmente contruidos e históricamente cambiantes que son expresados a través de los distintos discursos disponibles (Revete, 2025).

Esta propuesta, que toma como base los estudios hermenéuticos de Paul Ricoeur (2006), sostiene que las identidades narra-

tivas no son una esencia inamovible, sino una síntesis dialéctica entre la *mismidad* o identidades tipo *idem*, las cuales son entendidas como la presencia de caracteres generales cuya continuidad histórica proyecta una apariencia de inmutabilidad en el tiempo; y la *ipseidad* o identidades tipo *ipse*, las cuales se refieren a la capacidad del sujeto de mantener su identidad personal y compromiso ético frente a la contingencia y el devenir de



Francisco Herrera Luque. Fuente:Wikimedia Commons

las circunstancias históricas que le rodean.

En este sentido, asumiremos que la vinculación entre el discurso historiográfico venezolano y el texto literario de Boves es insoluble, puesto que ambos comparten una base de inteligibilidad común a través la configuración de la trama. Como ha señalado Arthur Danto (1989), la historia no es una mera crónica de eventos aislados, sino un relato que otorga significado al pasado mediante estructuras narrativas que solo son visibles desde el presente del historiador. Una perspectiva que coincide con la tesis de Ricoeur (2000), quien sostiene que la historia perdería su especificidad si se intentara fracturar su vínculo con el relato narrativo. En sus propias palabras: mientras “la vida se vive, la historia se cuenta” (Ricoeur, 2000, p. 192). Evidenciando así, que el acto de narrar necesita establecer cierta distancia con la experiencia viva para poder convertirla en un discurso de conocimiento.

Por este motivo, la venezolanidad en tanto identidad narrativa no puede ser hallada en la “vida vivida”, sino que más bien hay que buscarla en la “historia contada”, ese lugar en donde la literatura y la historiografía convergen para ofrecer mediaciones similares ante la realidad gracias a la mimesis de la acción que ambas ejecutan. Y es precisamente en esta continuidad narrativa en donde la obra de Francisco Herrera Luque cobra relevancia, no ya como una distorsión de los hechos históricos ciertamente acontecidos, como le acusa una parte de la crítica literaria, sino como una reconfiguración de la realidad ejecutada a través de una construcción de la venezolanidad que otorga una nueva inteligibilidad al acontecer histórico nacional.

Ahora, para lograr el desentrañamiento de estas configuraciones narrativas, es necesario contar con una herramienta que no se limite a analizar la superficie del texto, sino que sea capaz de descodificar el discurso en su dimensión de práctica social. En virtud de esta necesidad, la presente investigación recurre al Análisis Crítico del Discurso (ACD) como el andamiaje metodológico fundamental para interrogar la obra de Francisco Herrera Luque. Así, al adoptar este enfoque, el discurso deja de ser un canal pasivo de información para entenderse como el espacio privilegiado donde se negocian y establecen los significados que dan forma a la realidad social (Foucault, 1970, 1997, 2010, 2013; Bolívar, 1997, 2003, 2007).

Una visión que exige que la aplicación del método no se agote en el análisis textual, sino que transite por los momentos de descripción, interpretación y explicación de su contenido, otorgando un peso determinante al análisis del contexto que permite la emergencia del relato (Bolívar, 1997, 2003, 2007). Entendiendo el contexto en este caso no como un entorno estático, sino como el entramado de eventos y significados que condicionan la producción y las funciones del discurso (Van Dijk, citado en Molero y Cabeza, 2007).

En el caso que nos ocupa, esta herramienta nos permitirá identificar cómo el escritor Francisco Herrera Luque, al contar la historia de Boves, no solo dialoga con las señas que le brinda la historiografía tradicional, particularmente con aquella de herencia positivista, sino que moviliza todo un sistema de creencias impulsado por su propia voluntad de verdad con la intención de ofrecer un diagnóstico “psicológico” sobre la venezolanidad.

Bajo esta premisa, partiendo de la construcción que hemos establecido de la venezolanidad en cuento identidad narrativa, y asistidos por las herramientas del análisis crítico del discurso heredadas de Foucault (1970, 1997, 2010, 2013) y Bolívar (1997, 2003, 2007), podremos ir despejando el camino para la comprensión de la novela de Francisco Herrera Luque no como un simple objeto de entretenimiento literario, sino como un dispositivo de conocimiento capaz de ofrecer una interpretación legítima y una reconfiguración de los relatos que constituyen el imaginario identitario de lo venezolano.

Francisco Herrera Luque: un perfil inicial

En concordancia con las pautas del Análisis Crítico del Discurso (ACD) propuestas por Bolívar (1997, 2003, 2007), en conjunción con la propia metodología de Foucault (1970, 1997, 2010, 2013), las cuales exigen una atención rigurosa al contexto en medio del cual emergen los discursos, en este apartado nos disponemos a precisar las coordenadas biográficas e intelectuales que definieron el lugar de enunciación de Francisco Herrera Luque al momento de construir su novela sobre la vida y obra del caudillo realista José Tomás Boves. Un procedimiento que se constituye como un paso fundamental y no accesorio, toda vez que, al identificar la venezolanidad como una identidad narrativa (Reveté, 2025), es decir, como esa identidad que navega entre los límites de la mismidad exterior y la ipseidad del sujeto que se expresa por medio de los distintos discursos disponibles, se vuelve imperativo explorar y describir cuales eran los rasgos que adoptaban estos límites en la vida del escritor para comprender cabalmente la síntesis dialéctica expuesta en la novela. Esto implica examinar no solo su formación intelectual y las tensiones del contexto social que rodearon la publicación de su novela primigenia, sino también la propia subjetividad del autor.

En este sentido, quizás el documento más valioso para la reconstrucción biográfica de Francisco Herrera Luque (1927-1991), tanto por su extensión, como por su profundidad y actualidad, sea el registro de las conversaciones que sostuvo la periodista Margarita Eskenazi con el autor en sus últimos meses de vida hacia el año 1991. Horas de charla en donde Francisco Herrera Luque procedió a narrarle en primera persona los hechos más relevantes de su vida.

A este respecto, es importante destacar que el

borrador de esa charla se mantendría inédito hasta el año 2017, fecha en la cual la Fundación Francisco Herrera Luque publicó una edición limitada bajo el título de “Francisco Herrera Luque. Una conversación final”. Un hecho que resuena con la tesis de Danto (1989), quien sostiene que la verdad histórica nunca puede llegar a ser definitiva, pues el significado de los eventos pasados está siempre sujeto a la interpretación del historiador, el cual se encuentra continuamente interpelado por las reconfiguraciones que puedan generarse en la medida en que emergen nuevas fuentes de evidencia que antes permanecían ocultas.

Bajo esta perspectiva, la publicación de estas memorias en el año 2017 no solo añade datos biográficos nuevos y relevantes a la ya ampliamente estudiada vida del novelista, sino que permite realizar una nueva lectura sobre la trayectoria del autor, permitiéndonos observar su pasado desde una luz que antes nos era esquiva. Como señala María Margarita Herrera, presidenta de la fundación homónima, dicha obra posee la particularidad de haberse producido cuando el autor “había entrado en una fase más bien reposada, de revisión de la vida, de reflexiones profundas acerca de la Venezuela de aquel momento y el probable porvenir de la nación” (Herrera en Eskenazi, 2017, p. 9)

De esta manera, al analizar las declaraciones de Francisco Herrera Luque en conjunto con los testimonios de su entorno compilados por Eskenazi (2017), se hace evidente que la personalidad del escritor estuvo siempre signada por la figura de poder y autoridad de su padre. En consecuencia, tal dinámica biográfica nos revela la operatividad del “guion de vida” desarrollado por Eric Berne (1974), el cual se establece como un dispositivo psicológico que, tras ser asimilado en las etapas tempranas del desarrollo del individuo, actúa como un patrón rector que condiciona las decisiones y respuestas del sujeto frente a las contingencias de su propia experiencia vital.

En el caso de Francisco Herrera Luque, la evidencia biográfica sugiere que este guion se consolidó bajo una crianza rigurosa que, ante la carencia de afecto explícito por parte de la figura paterna, operó como el acicate de una autoexigencia extrema. Algo que podemos observar en su narrativa vital, cuando el autor confiesa haber sido criado bajo un imperativo de invulnerabilidad, el cual se manifestaba en una exigencia familiar temprana de actuar como un “guerrero” frente

a las hostilidades del entorno, lo que le impuso la obligación de validar permanentemente el honor de su apellido a través de la confrontación y el éxito como mecanismos de reafirmación. En sus propias palabras:

Para que comprendas toda la magnitud de lo que estoy diciendo, te voy a relatar una anécdota que sucedió cuando tenía unos 12 años: estaba en Macuto temperando con dos amigos. Recuerdo que en ese momento ya se notaba la lucha de clases. Los llamados “maniseros” eran muchachos más o menos de nuestra misma edad. Ellos comenzaron a buscarnos pleito. Eran como cincuenta, por lo tanto, nos batimos en retirada. Al encerrarnos en la casa, ellos empezaron a insultarnos. Mi abuelita, al darse cuenta de lo que sucedía, me preguntó “¿qué pasa?” Y yo le respondí: bueno, abuelita, es que nos están buscando pleito y son cincuenta muchachos. Ella se puso a llorar y exclamó: “¡Qué horror que un nieto mío y nieto de José Rafael Luque les huya a sus enemigos! ¡Prefiero verte muerto! Sal a la calle y pelea, sino yo te mato. Ella no me dio alternativa y salí a la calle. Todavía tengo cicatrices de las heridas que me hicieron ese día. Cuando regresé a la casa, ella orgullosa me las curó. Esa fue la educación que recibí” (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, pp.16-17)

Una situación que se agudizó notablemente gracias a la asimetría afectiva que existía frente a su hermana Beatriz, quien lograba hegemonizar la atención paterna sin necesidad de realizar los esfuerzos hercúleos que el autor se imponía, tal como lo confesará el mismo escritor en su conversación con Eskenazi (2017).

De este modo, la trayectoria vital del autor se nos revela como una repetición compulsiva de la lucha contra el fantasma del padre severo y las demandas del linaje; una suerte de armadura compuesta por rasgos paranoides y confrontativos que funcionaba como fachada de un cariz depresivo subyacente. Esta dinámica, lejos de resolverse en el diván, se vio trágicamente sellada por la muerte prematura de su progenitor, evento que terminó por cristalizar el guion de vida del escritor al dejarlo sumido en una deuda existencial impagable, puesto que, al desaparecer la figura ante la cual debía validarse, el imperativo de éxito se tornó

absoluto y la herida del reconocimiento se hizo perpetua, tal como el propio Francisco Herrera Luque lo reconoce en un testimonio de honda lucidez retrospectiva. En sus propias palabras:

Su temprana muerte [la del padre] no me dio la oportunidad de demostrarle que yo sí respondía a sus expectativas. Tanto esfuerzo estudiando la carrera que él anhelaba y murió antes de ver los frutos. A este profundo dolor hay que añadirle lo que significó para mí no haber estado a su lado durante sus últimas horas de vida (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 48)

Esta deuda existencial, que impulsó al escritor hacia la búsqueda frenética de validación, encuentra su explicación más aguda en los postulados de Alice Miller (1994), quien nos explica como suele ser común este relevo por fases en aquellos casos donde se utiliza el éxito como una sustitución momentánea de una frustración no superada durante la etapa de la infancia. En sus propias palabras:

Si el éxito obtenido en la víspera servía para renegar la frustración infantil, sólo le aportará -como toda sustitución- una satisfacción momentánea. Ya no podrá producirse una satisfacción real, pues su tiempo habrá transcurrido irrevocablemente. El niño de otros tiempos ya no existe, como tampoco los padres de aquella época (...) En el presente hay éxito y reconocimiento, pero éstos no pueden ser más de lo que son, no pueden colmar el viejo agujero. Por otra parte, la vieja herida no podrá curar mientras sea renegada en la ilusión, es decir, en el delirio del éxito. (Miller, 1994, p. 35).

Esta realidad la podemos ver expresada en palabras del mismo Francisco Herrera Luque en una carta escrita para sus amigos Raimundo Aristeguieta y Adolfo Starosta el 3 de abril de 1975 en medio de su proceso de renuncia como Embajador de Venezuela en México, apenas tres años después de la publicación de *Boves el urogallo*, en donde el autor declaraba lo siguiente:

Desde que llegue a Venezuela, procedente de España, haré en junio 20 años, no he hecho otra cosa que luchar a brazo partido, no tanto por afirmarme y alcanzar el éxito, como la

gente cree, como por sobrevivir ante el constante acoso y persecución no solo de mis colegas los psiquiatras, sino de mi propia familia (...) fundé cátedras, escribí libros, dicté cursos, sin recibir una palabra de estímulo ni de reconocimiento por parte de los sectores naturales a quienes iba dirigido (...) Como ustedes mismos observaron, el éxito aparente y fácil no fue capaz de curarme de la tristeza crónica que se había apoderado para siempre de mí. (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 223).

De esta forma, a través de esta misiva, podemos no solo confirmar la operatividad del “guion de vida” del escritor, sino también constatar cómo la personalidad del autor se ancló en dos ejes que serían una constante hasta su muerte, a saber: el primero de ellos, expresado como una disposición paranoide con matices de persecución personal y familiar que operaba como el chivo expiatorio frente a la hostilidad o indiferencia que el autor percibía en el ámbito académico; mientras que, el segundo, era derivado de esa necesidad de validación paterna nunca satisfecha, la cual se proyectaba en una búsqueda incesante de aprecio y consideración por parte de sus pares intelectuales y su entorno afectivo.

Sobre el primer rasgo identificado, es decir, sobre la disposición paranoide y el sentimiento de persecución manifestado por el autor, es posible observar cómo esta narrativa trasciende lo individual para inscribirse en una mitología familiar que dota de sentido a su guion de vida en los términos expuestos por Berne (1974). De esta manera, podemos observar cómo en Francisco Herrera Luque, la persecución no es una contingencia, sino un elemento constitutivo de su herencia. Un destino manifiesto que vincula su historia personal con el devenir de una estirpe que le enseñaron a percibir bajo uno asedio constante. Una situación que se aprecia con especial nitidez cuando el autor vincula su identidad individual con la de su grupo primario en los siguientes términos:

Nosotros [la familia Herrera] somos hombres destacados sobre todo por nuestra probidad y por nuestra honradez. Hemos podido mantenernos incólumes en cuatrocientos años a pesar de que llevamos ciento cincuenta de persecución, que yo también he sentido y que, tal vez, mis

hijos la sentirán en mayor escala, pues nosotros somos como los judíos: debemos superarnos constantemente porque muchas veces se nos persigue y se nos intenta destruir (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 24).

Un guion de asedio que se reitera a lo largo de su conversación con Eskenazi (2017) en distintos tonos y momentos, evidenciando que, para el autor, la historia de Venezuela es, en esencia, la historia de la persecución de su linaje. Por ejemplo, al referirse a la figura de Antonio Guzmán Blanco, presidente de Venezuela en tres períodos entre el año 1870 y 1887, Francisco Herrera Luque no lo evalúa únicamente como estadista, sino que lo identifica como un agresor directo de su núcleo familiar. Llegando a afirmar que Guzmán Blanco se habría propuesto expresamente “acabar con las familias Herrera y Palacios, como agrupación política y como núcleo social” (Eskenazi, 2017, p. 27).

Empero, hay que destacar que esta percepción de hostilidad no se agota en el pasado decimonónico, por el contrario, también alcanzaba su presente político, como queda en evidencia en su misiva de 1975. En este sentido, al abordar la figura de Carlos Andrés Pérez, presidente venezolano entre 1974 y 1979, primero, y entre 1989 y 1993 en su segundo período, el escritor de *Boves el urogallo* declaraba sentirse perseguido por el entonces mandatario, proyectando nuevamente su disposición paranoide sobre la figura presidencial. En sus propias palabras:

Pocas personas tuvieron ocasión de constatar estos hechos, pero sí los suficientes como para darse cuenta de que el presidente sentía por mí una profunda animadversión, sin causa ni justificación aparente que ni me molesto en averiguar, porque tan sólo puede tener una respuesta, la misma que siempre me ha perseguido a lo largo de la vida: el odio y la envidia de los que me quieren mal por razones que no logro explicar (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 225).

Bajo esta perspectiva, el conflicto con el poder no era para Francisco Herrera Luque un accidente político transitorio y aleatorio, sino una confirmación existencial. Así, al interpretar la “animadversión” de Pérez como una repetición de la “persecución” de Guzmán Blanco, el autor logra dar coher-

encia al guion en donde él es el «guerrero» que resiste el embate de los poderosos, validando así la identidad de invulnerabilidad que le fue impuesta desde la infancia.

Por otra parte, en cuanto al segundo rasgo de la personalidad de Francisco Herrera Luque identificado por nosotros, a saber: la necesidad de validación y afecto paterno nunca satisfecha, esta se revela en la búsqueda patológica de aceptación y aprecio que el autor esperaba de su entorno social e intelectual. En este sentido, podemos ver como esta carencia emerge con notoria nitidez cuando el escritor confiesa a Eskenazi (2017) el dolor que le produce la indiferencia institucional a su persona. En sus propias palabras: “Me siento ignorado porque no se toman en cuenta mis análisis ni mis predicciones. Me da mucha tristeza que esto suceda porque yo amo mucho a Venezuela” (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 39). Un breve asomo depresivo que, lejos de ser circunstancial, revela el cariz de una soledad estructural que el autor describe en términos desgarradores: “soy un hombre que siempre ha necesitado el amor como estímulo, como acicate para seguir viviendo. Sin amor desaparece la vida. No tiene sentido” (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 59).

De esta manera, siguiendo la lógica del Análisis Transaccional desarrollado por Berne (1974), podemos asegurar que Francisco Herrera Luque se encontraba condicionado por un guion de soledad en donde el sujeto que lo ejecuta se vuelve esclavo de una búsqueda de caricias psicológicas expresadas a través de la busca del reconocimiento público como una forma de compensar el vacío del pasado. A partir de este patrón, las relaciones del escritor con sus coetáneos se revelan marcadas por una polaridad trágica: por un lado, la persecución compulsiva del éxito como una vía de satisfacción momentánea destinada a acallar el resentimiento infantil que lo acongojaba; mientras que, por el otro, podemos ver como aflora una profunda frustración cuando dicho reconocimiento resultaba insuficiente para colmar la vieja herida de la infancia.

Esta polaridad trágica, que oscila entre la grandiosidad del éxito público y el abismo de la soledad privada, constituye el núcleo del lugar de enunciación de toda la narrativa herreraluqueana. Su escritura, por tanto, no debe entenderse meramente como un ejercicio historiográfico puro, ni tampoco como una expresión meramente ficcional. Al contrario,



Tumba de José Tomás Boves. Fuente:Wikimedia Commons

los escritos de Francisco Herrera Luque se revelan como el espacio simbólico donde el autor intentó, infatigablemente, transmutar su “tristeza crónica” en una narrativa de la venezolanidad. Allí donde, al no hallar el bálsamo anhelado en el reconocimiento de sus pares, ni en el afecto de las figuras de autoridad de su época, el escritor terminó por volcar y proyectar sus pulsiones no resueltas en la construcción psicológica de sus personajes, haciendo de la historia de Venezuela el escenario para representar su propio drama existencial sin menoscabo de la evidencia histórica objetiva. Y es precisamente bajo esta intensa síntesis dialéctica entre la *mismidad* y la *ipseidad* que nos disponemos ahora a desentrañar el discurso de lo venezolano presente en *Boves el urogallo*.

La venezolanidad en *Boves el Urogallo*

Tras haber precisado las coordenadas biográficas y las pulsiones que definieron el lugar de enunciación de Francisco Herrera Luque, el Análisis Crítico del Discurso (ACD) desarrollado por Bolívar (1997, 2003, 2007), nos exige transitar del contexto a la descripción y explicación del contenido textual. Este paso es fundamental para comprender cómo el autor, en su calidad de sujeto histórico, ejecuta esa mediación hermenéutica en donde su *ipseidad*, entendida de alguna manera como su compromiso ético riguroso y su propia herida existencial, entra en tensión con la *mismidad* de los relatos históricos ya instituidos por la tradición.

De este modo, analizar la novela implica observar el momento en que la “vida vivida” del escritor se transmuta en “historia contada”, validando la tesis de Ricoeur (2006) sobre las identidades narrativas como expresión del espacio en donde la biografía del autor y el destino de la colectividad se encuentran a través del relato.

Bajo estas premisas metodológicas, nos disponemos a interrogar la novela *Boves el urogallo*, obra primigenia que no solo inaugura la vasta producción bibliográfica de Francisco Herrera Luque, sino que establece el canon de su propuesta intelectual.

En este sentido, en las páginas preliminares de la obra, el autor define su metodología como una historia “verídica, fabulada y verosímil”. Se trata, pues, de una arquitectura narrativa que fusiona la investigación documental con la invención, permitiendo que los hechos ciertamente acontecidos cobren una nueva inteligibilidad a través de la ficción. Sobre esta particular triada, el crítico literario Alexis Rodríguez Márquez ofrece una precisión fundamental para comprender la naturaleza del texto:

[Francisco Herrera Luque] definía su trabajo como “historia verídica, fabulada y verosímil”; tres términos que a primera vista resultan contradictorios pero que, en verdad, encierran con bastante exactitud lo que esta novela representa y, en general, enuncian lo que es característico de la “novela histórica”. *Boves el Urogallo* es una historia verídica porque es la vida de un personaje que existió, pero es también una “historia fabulada”. Los elementos ficticios inventados por el novelista que se ensamblan dentro de la estructura del relato en combinación con los elementos veraces no son fantásticos en el sentido de que no pudieran haber ocurrido, porque fuesen más allá de la naturaleza o contraviniesen la realidad natural de los hechos históricos. Son, pues, hechos verosímiles. Lo que en esta novela hay de ficción no ocurrió tal como allí aparece, pero

pudo haber ocurrido así. (Rodríguez Márquez en Eskenazi, 2017, p. 124).

De este modo, la propuesta de Francisco Herrera Luque no pretende simplemente narrar la verdad fáctica, pues no es un libro de historia, sino alcanzar una identidad narrativa que permita explorar otras formas de interpretación de los sedimentos de la venezolanidad a través de lo que es posible y coherente dentro de la lógica de los hechos ciertamente acontecidos de nuestra historia nacional.

En consonancia con lo anterior, y acompañando a la imaginación creadora en el desarrollo de su “historia fabulada”, es imperativo destacar que Francisco Herrera Luque fundamenta los argumentos verídicos de su relato sobre una representación epistémica tan psiquiátrica como positivista de la identidad nacional. Una visión que se encuentra anclada en dos pilares fundamentales. Siendo, por un lado, las teorías biologicistas de su mentor, el psiquiatra español Juan José López Ibor (1906-1991), bajo cuya tutela desarrolló sus tesis sobre las “personalidades psicopáticas” en los viajeros de Indias (Eskenazi, 2017); y, por el otro, la obra sociohistórica de Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), de quien no solo adopta diversas hipótesis sobre la vida de José Tomás Boves, sino que valida su interpretación de la historia nacional, tal como se constata en el denso aparato de notas marginales que custodian la novela.

Así, esta amalgama de psiquiatría biológica y pensamiento sociohistórico positivista no resulta azarosa, sino que constituye el utillaje intelectual con que el escritor se propone descifrar la identidad nacional. Y es precisamente aquí en donde la novela se convierte en el vehículo para ensayar una respuesta a la interrogante que atraviesa toda nuestra investigación, a saber: la venezolanidad como identidad narrativa. En donde, bajo nuestra perspectiva y como ya hemos declarado con anterioridad, esta no debe entenderse como un dato ontológico inamovible, sino como el singular abstracto que nombra y describe lo venezolano a través de los caracteres socialmente contruidos e históricamente cambiantes que son expresados a través de los distintos discursos disponibles (Reverte, 2025).

En este sentido, al definir la venezolanidad como una identidad narrativa, la obra de *Boves el urogallo* deja de ser un mero objeto estético o literario para transformarse en un campo

de fuerzas donde se negocian los rasgos de la identidad nacional. No obstante, dado que esta categoría identitaria es capaz de asimilar cualquier discurso que nombre o adjetive lo venezolano, nuestra investigación declina un abordaje totalizante. En su lugar, se focalizará en desentrañar los dos estratos principales, más no exclusivos, que sostienen la arquitectura de la novela. Siendo, por un lado, la continuidad con el positivismo de Laureano Vallenilla Lanz; mientras que, por el otro, tendremos la proyección existencial de las pulsiones del propio autor sobre la figura de José Tomás Boves.

Esta dualidad, lejos de fracturar la raíz epistemológica de la obra, confirma su naturaleza de síntesis dialéctica entre la *mismidad*, entendida como el sedimento de los relatos históricos y la tradición positivista que preexiste al autor, y la *ipseidad*, vista como la expresión de la subjetividad doliente y la voluntad creadora de Francisco Herrera Luque al reapropiarse de ese pasado en la búsqueda de una nueva interpretación del presente.

Bajo esta óptica, al referirnos a la “venezolanidad positivista”, nos enfocamos principalmente en dos rasgos que la narrativa herreraluqueana hereda y reformula, a saber: la existencia de lo “telúrico venezolano”, entendido como la determinación del carácter por el medio físico que lo rodea, en este caso, el llano criollo, por una parte; y la mitificación de la “llanidad” como la expresión auténtica y primaria del *ethos* nacional, por la otra (Revete, 2026). Simultáneamente, en lo que respecta a las pulsiones del autor, como ya hemos mencionado antes, asistimos a un proceso de identificación paranoide y catarsis existencial, el cual se ve reflejado en una proyección donde el escritor traslada sus propias vivencias de incomprensión y persecución al caudillo asturiano, hecho que queda validado por sus propias declaraciones en las entrevistas concedidas a Eskenazi (2017).

En este punto, es importante destacar que las continuidades del discurso positivista en *Boves el urogallo* trasciende la caracterización exclusivamente identitaria para establecer encadenamientos de índole historiográfico con respecto a la obra de Laureano Vallenilla Lanz. Los cuales podemos ver manifestados en la novela a través de nodos narrativos específicos, tales como la identificación de Boves como el primer caudillo popular y arquetipo del ser auténticamente venezolano, la representación del sistema de castas colonial como

el origen del conflicto social o la configuración de arquetipos raciales que vinculan el instinto político al origen étnico. En este escenario, también se observa la emergencia del “gendarme necesario” como el único actor capaz de imponer una organización coherente ante la ordenación realmente existente, una premisa que conduce a la validación de la “barbarie criolla” no solo como un fenómeno fáctico, sino como una fuerza cuya potestad dialéctica permite tanto la destrucción de la legalidad colonial, como la traumática cimentación de las instituciones republicanas (Revete, 2022).

En consecuencia, al reconocer los atributos que Vallenilla Lanz otorga a Boves en su libro *Disgregación e integración: ensayo sobre formación de la nacionalidad venezolana*, publicado originalmente en el año 1930, en donde le adjudica al asturiano un liderazgo carismático basado en el arrojo y la lealtad, ratificamos que Francisco Herrera Luque no solo respondió al llamado del pensador positivista de principios de siglo XX, quien afirmaba que “la psicología de este “hombre pavoroso” [refiriéndose a Boves] no ha sido estudiada aún con criterio libre de prejuicios” (Vallenilla, 1991, p. 106), sino que también se arriesgó a ir más allá, transmutando la hipótesis sociológica en una narrativa seductora y trepidante, logrando que el gran público accediera, a través de la novela, a otras formas de entender la venezolanidad.

Ahora, habiendo verificado el primer nivel discursivo, esto es, la continuidad narrativa con el positivismo venezolano, especialmente el referido a la obra de Laureano Vallenilla Lanz, es imperativo transitar hacia la configuración dialéctica que se suscita entre la personalidad de Francisco Herrera Luque y la personificación de José Tomás Boves.

En este sentido, para demostrar cómo los límites del “yo” del escritor se trasgreden hasta fundirse con la psique del caudillo, resulta perentorio destacar que *Boves, el urogallo* fue gestada en medio del traumático proceso de renuncia del autor a la Cátedra de Psiquiatría de la Universidad Central de Venezuela. Un proceso en donde el psiquiatra declaraba sentirse envidiado e incomprendido por un sistema académico que, a su juicio, castigaba la excelencia. El propio autor confiesa la profundidad de esta herida en los siguientes términos: “nunca mis protestas fueron escuchadas, en esos momentos me sentí como Boves: rodeado de incomprensiones, de envidias y de injusticia. No es casual que en esa época escribiera

Boves, el urogallo” (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, p. 214). Esta declaración revela que el novelista no solo acepta la afinidad con el personaje, sino que admite una proyección directa de su experiencia vital en el relato, como lo podemos observar a continuación:

Quando tuve el estudio completo de la vida de Boves, me dije: bueno, a este hombre le hicieron lo mismo que a mí. Y me puse a escribir ese libro casi de memoria (...) Después de toda la investigación, al escribir el libro me dejé arrastrar por los fantasmas que bullían en mí (Herrera Luque en Eskenazi, 2017, pp. 119-120).

De este modo, si bien la novela mantiene una intencionalidad científica rastreable hasta los postulados de la clínica psiquiátrica y el pensamiento epistemológico del positivismo venezolano, no menos cierto es que la obra también presenta una complejidad añadida en donde Francisco Herrera Luque escribe sobre Boves, sí, pero como una forma confesa de resolver su propio conflicto frente a la alteridad. Una vertiente discursiva que convierte a la novela en una compleja aporía en donde confluyen el propósito de inmortalizar el igualitarismo boveciano como motor social y la necesidad de canalizar una herida existencial propia a través de la figura del “perseguido” que se torna “perseguidor”.

Dicha hipótesis, llevada al límite de sus posibilidades, permite interpretar el análisis psicopatológico que el autor construyese sobre Boves como una suerte de espejo clínico en donde, al describir al asturiano, Francisco Herrera Luque no solo enumera síntomas, sino que parece listar sus propias defensas ante el mundo. En sus propias palabras:

Boves, por encima de su psicopatía básica, exhibe y abunda en los llamados rasgos paranoides: es susceptible, de un orgullo desmedido, vengativo, rencoroso, incapaz de olvidar una afrenta, disimulado y burlón. Pero tiene también las cualidades de los paranoides: es justiciero, generoso y magnánimo con sus incondicionales, alegre y trabajador. Tiene, como todos los psicópatas de su género, una sexualidad desbordante y una agresividad proporcional (Herrera Luque, 2018, p. 40).

En este punto, la evidencia empírica es con-

tundente: al contrastar esta descripción con los testimonios de familiares y amigos recogidos por Eskenazi (2017), observamos que los rasgos atribuidos al caudillo coinciden punto por punto con el *ethos* del novelista.

Así, la venezolanidad herreraluqueana se revela ante nuestros ojos como una síntesis magistral. Siendo, a la vez, el diagnóstico de un país enfermo producto de una alta carga atávica psicopática y el testimonio de un autor que encontró en la barbarie de Boves la única métrica capaz de contener su propia tempestad.

Conclusiones

En esta investigación nos propusimos analizar los rasgos de la venezolanidad en cuanto identidad narrativa en la novela *Boves el urogallo* de Francisco Herrera Luque, su obra literaria primigenia, la cual fue publicada originalmente en el año 1972, en donde hemos entendido a la venezolanidad como el singular abstracto que describe y nombra lo venezolano a través de los caracteres socialmente contruidos e históricamente cambiantes que se expresan por medio de los distintos discursos disponibles (Revete, 2025).

Para alcanzar este objetivo, resultó imperativo trascender el examen aislado del texto para abordar el contexto de producción del mismo como la clave fundamental para interpretar el contenido del relato (Foucault, 1970, 1997, 2010, 2013; Bolívar, 1997, 2003, 2007).

En este sentido, la aplicación del Análisis Crítico del Discurso (ACD) propuesto por Adriana Bolívar (1997, 2003, 2007), nos permitió comprender que antes de interrogar la obra, era perentorio reconstruir el lugar de enunciación del autor. Esto implicó abordar la dialéctica entre la *mismidad* de Francisco Herrera Luque, entendida como aquellos sedimentos historiográficos que lo preexisten, y su *ipseidad*, categoría que Paul Ricoeur (2006) define como la dimensión del sí mismo que trasciende la mera repetición de lo heredado para abrirse a la iniciativa y a la responsabilidad del sujeto.

Bajo esta luz, para nosotros, la *mismidad* del autor se encuentra expresada en una interpretación biologicista y positivista de la historia nacional, mientras que, su *ipseidad*, se nos muestra como esa capacidad de reapropiación del pasado como la búsqueda de respuestas o explicaciones del presente ante su

propia herida existencial. Un ejercicio en el que Francisco Herrera Luque no solo construye un relato histórico, sino que lo habita y lo transforma desde su propia subjetividad.

De este modo, el estudio de su perfil de personalidad no se planteó como un ejercicio biográfico aislado, sino como la identificación de su guion de vida. Concepto que Eric Berne (1974) define como un plan argumental inconsciente, concebido en la infancia y reforzado por experiencias ulteriores el cual dicta el curso y el desenlace de la existencia del individuo.

En el caso de Francisco Herrera Luque, este guion permite comprender cómo sus motivaciones, temores y esperanzas se entrelazan con el trasfondo social y político de su tiempo, en donde el autor convirtió su trayectoria vital en el esquema primario desde el cual interpreta y dota de sentido a la historia nacional.

Así, tras realizar este recorrido, hemos logrado identificar al menos dos niveles discursivos en la construcción de la venezolanidad dentro de la novela de *Boves el urogallo*, a saber: un primer nivel, en donde observamos una continuidad narrativa con respecto al discurso positivista venezolano de inicios del siglo XX, especialmente en relación con el pensamiento de Laureano Vallenilla Lanz; acompañado de un segundo nivel, en donde advertimos una compleja relación dialéctica en la que el personaje central de la obra resulta ser, al mismo tiempo, tanto José Tomás Boves como Francisco Herrera Luque, tesis y antítesis que, en su síntesis, configuran lo venezolano herreraluqueano.

Referencias Bibliográficas

Berne, E. (1974). *¿Qué dice usted después de decir hola? La psicología del destino humano* (11ª ed.). Ediciones Grijalbo.

Bolívar, A. (1997). El análisis crítico del discurso: teoría y compromisos. *Episteme NS*, 17(1-3), 23-45.

Bolívar, A. (2003). Análisis del discurso y compromiso social. *Akados*, 5(1), 7-31.

Bolívar, A. (2007). *Análisis del discurso. ¿Por qué y para qué?* Editorial Los Libros de El Nacional.

Danto, A. (1989). *Historia y narración: ensayos*

de filosofía analítica de la historia (1ª ed.). Paidós.

Eskenazi, M. (2017). *Una conversación final. Entrevista inédita por Margarita Eskenazi* (1ª ed.). Foundation Francisco Herrera Luque.

Foucault, M. (1970, 2 de diciembre). *El orden del discurso* [Lección inaugural]. Collège de France.

Foucault, M. (1997). *El pensamiento del afuera*. Pre-Textos.

Foucault, M. (2010). *La arqueología del saber* (2ª ed.). Siglo XXI Editores.

Foucault, M. (2013). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Moro.

Herrera, F. (2017). *Boves el urogallo* (1ª ed.). Tecni-Ciencia Libros.

Herrera, F. (2018). *Bolívar de carne y hueso y otros ensayos* (1ª ed.). Tecni-Ciencia Libros.

Miller, A. (1994). *El drama del niño dotado. Y la búsqueda del verdadero yo*. Amtbae.

Molero, L., & Cabeza, J. (2007). El enfoque semántico-pragmático en el análisis de discurso: teoría, método y práctica. En A. Bolívar (Comp.), *Análisis del discurso. ¿Por qué y para qué?* Editorial Los Libros de El Nacional.

Revete, G. (2022). La especificidad del positivismo venezolano en la obra de Laureano Vallenilla Lanz. *Espacio Abierto*, 31(3), 155-176.

Revete, G. (2025). La venezolanidad como identidad narrativa: definición, teoría y método. *Kañina*, 49(1), 1-24.

Revete, G. (2026). El ser llanero como lo auténticamente venezolano en la obra de Laureano Vallenilla Lanz. *Espacio Abierto*, 35(2), 121-136.

Ricoeur, P. (2000). Narratividad, fenomenología y hermenéutica. *Anàlisi*, (25), 189-207.

Ricoeur, P. (2006). *Sí mismo como otro* (3ª ed.). Siglo XXI Editores.

Sambarino, M. (1980). *Identidad, tradición, autenticidad. Tres problemas de América Latina*. Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos.

Vallenilla, L. (1991). *Cesarismo democrático y otros textos*. Biblioteca Ayacucho.